

NOVENTA EPISTOLAS DE SÉNECA,

TRADUCIDAS Y ANOTADAS. (a)

FRAGMENTO.

EPISTOLA V.

Que procures con pertinacia, dejándolo todo, sin embarazarte en otra cosa, hacer lo mejor cada día, lo apruebo, y me alegro; y no solo te aconsejo que perseveres, sino te lo ruego. Empero te advierto que, no al modo de aquellos que no quieren aprovechar, sino parecer, hagas algo que en el hábito tuyo ú en el género de vida sea notable. El traje áspero y la greña erizada, la barba con desaliño, y las enemistades publicadas con la plata, y la cama por el suelo, y cualquier cosa que sigue la ambición por camino perverso, la debes evitar. Harto invidioso es el mismo nombre de la filosofía, aunque con modestia se trate. ¿Qué será pues si empezamos á retirarnos del trato de los hombres? Interiormente sea diferente todo; nuestro semblante con el pueblo convenga. La toga no sea resplandeciente, ni sucia. No tengamos plata en que haya descendido la escultura del oro sólido; mas no presumamos que es seña de frugalidad haber carecido de

(a) Inédito.

Anterior al mes de diciembre de 1639.

Así retula QUEVEDO este libro en el prólogo del *Marco Bruto*, y dice que, embargado con los demás papeles suyos al tiempo de su última prisión, no le fué restituído.

Tarsia, en la *Vida* de nuestro gran república, guárdase de fijar el número de las epístolas, expresando solamente que fueron algunas las ocultadas y perdidas.

Afortunadamente (á más de una de Plinio), once de Séneca traducidas han llegado á mis manos; y tambien cuatro del mismo don FRANCISCO, imitando el estilo, reproduciendo pensamientos y máximas del filósofo cordobés, y acomodándose á su genio y gusto. Hizolo en 1641 para disimular con tal nombre lo amargo de sátiras, quejas y censuras contra el gobierno de Felipe IV.

Estos fragmentos preciosos, que por vez primera hoy ven la pública luz, se hallan en el tomo II, folio 111 de las *Obras manuscritas* del caballero de Santiago, que juntó en 1724 el curioso papalista don Juan Isidro Fajardo (Biblioteca Nacional, M. 277). Intitúlase allí: *Epístolas de Séneca, traducidas por don Francisco de Quevedo y Villegas*; y tienen la siguiente colocación: primero la 41 y su comentario; luego las 43, 32, 10, 44, 5, 31, 54, 110, 75, 39, 3, 29, 105, 116; y la de Plinio.

Ciento veinte y cinco son las cartas que se conservan de Séneca á su íntimo amigo Lucilio (el cual fué del orden de los caballeros y tuvo el empleo de procurador del César en Sicilia); parte correspondencia verdadera de ambos filósofos, parte escritas como dirigidas á Lucilio para completarla y poder hablar con más holgura y desenfado de los hombres y de las cosas.

¿Será ocioso estampar aquí alguna noticia bibliográfica de las famosas ciento veinte y cinco epístolas de Séneca? Imprimiéronse en París, años de 1470 y 1473, en 4.º; y esta segunda vez tambien en Roma (en folio) por maestre Arnoldo Pannartz, alemán. Se glo-

plata y oro. Procuremos seguir mejor vida que el vulgo, no contraria; de otra manera espantamos á los que pretendemos enmendar, y los despedimos. Tambien ocasionamos que no quieran imitar nada nuestro, mientras temen (1) que no se ha de imitar todo. Esto es lo primero que la filosofía promete: sentir comunmente, humanidad y comercio; de la cual profesion separará la disimilitud. Procuremos que estas cosas por que queremos ser admirados, no nos hagan ridículos y odiosos. Conviene saber que nuestro instituto es vivir conforme á naturaleza. Es contra naturaleza atormentar el cuerpo propio, aborrecer la limpieza fácil, apetecer el desaseo, y no solo usar de comidas viles, sino horribles y feas. Como desear cosas delicadas es superfluidad, de la misma suerte huir las acostumbradas y baratas es locura. La filosofía busca la moderación, no la pena: puede ser la templanza no afectada. Este modo me contenta. Témplese la vida entre las buenas costumbres y las públicas, todos miren atentamente nuestra vida, pero conózcanla. ¿Qué pues? Harémos lo mismo que los otros;

rió el bueno del tipógrafo de extender por el mundo aquella obra, no valiéndose de tinta ni pluma de ave ó estilo de metal, sino de cierta invención singular y artificiosa de imprimir ó caracterizar. En 1494 volvieron á reproducirlas, por industria de Claudio Jammár, las prensas de París, en 8.º; las de Leipsic tres años despues; y las de Venecia en 1499, por Sebastian Manilio Romano.

Tengo sobre mi mesa la traducción que, por orden de don Juan el Segundo, mandó hacer el famoso historiador y poeta Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres, de las setenta y cinco primeras epístolas, trasladándolas de lengua toscana en lengua castellana, sobre la version de Ricardo Pedro, ciudadano de Florencia. Hé aquí el frontis de este raro ejemplar: *Las epístolas de Séneca con una summa siquier introducion de philosophia moral en romance con tabla*; impreso en Toledo por setiembre de 1510.

Hay tambien otra española traducción de algunas de las cartas, que se debe á Juan Mello de Sande, publicada en Madrid por Alfonso Martín, año de 1612, con este rótulo: *Doctrina moral de las epístolas que Lucio Aneo Séneca escribió á Lucilio*.

Réstame decir que, sin sacar al pie todas las diferencias entre el único manuscrito de que me he valido y mi texto, son muchas á causa de lo estragadísimo de aquel. Pero tranquilicé el lector: por un cotejo escrupuloso del original latino y de la version española fijase la lección verdadera, despreciando las erratas indisputables; y se llenan las pequeñas lagunas sin necesidad de llamar la atención sobre ello. ¿A qué, v. gr. en la primera epístola advertir la desatinada puntuación que hace desespear á un santo, ni que á *perecer* se ha sustituido *parecer*; á *veca*—ú en; á *el suelo por la cama*—la cama por el suelo; á *frugalidad*—frugalidad? Más difícil era purificar el texto de las originales preciosísimas de QUEVEDO á imitación de Séneca, y pienso haberlo conseguido.

(1) lo que han de imitar todo. (El ms.)

no habrá diferencia de nosotros á ellos? Mucha. Sépase que somos diferentes del vulgo, cuando más de cerca nos meditare. Quien entrare en nuestra casa, antes nos admire á nosotros que á nuestras alhajas: grande es aquel que usa del barro como de la plata, y no es menor quien así usa de la plata como del barro. De ánimo enfermo es no poder padecer las riquezas.

Mas para comunicar contigo hasta el pequeño logro de hoy, hallé en nuestro Hecaton (a) que el fin de los deseos aprovecha aun para los remedios del temor: «Dejarás (dijo) de temer si dejares de esperar.» Dirás: ¿Cómo estas cosas tan diversas son tan iguales? Así es mi Lucilio, y como se ven apartadas, están juntas. De la misma suerte que la cárcel junta al preso y á la guarda, así estas cosas, que son tan diferentes, se aunan igualmente. El miedo sigue á la esperanza. Y no me espanto que estas cosas anden así: entrambas son del ánimo que pende, (1) entrambas del que es solícito de lo futuro. Pero reconózcase la mayor causa de ambas, en que no nos acomodamos á lo presente, antes inuíamos á lo más léjos nuestras imaginaciones. Por lo cual la providencia, bien el mayor de la condicion humana, se ha vuelto en mal. Las fieras huyen los peligros que ven, en librándose tienen seguridad; nosotros con lo pasado y lo porvenir nos atormentamos. Muchos bienes nuestros nos dañan. El tormento del temor la memoria le vuelve, la providencia le anticipa. Nadie es solo miserable con lo presente.

EPISTOLA X.

Es así, no mudo el parecer. Huye los muchos, huye los pocos, huye de uno. No tengo persona con quien desee te comuniqués; y mira adónde va mi juicio: atrévome á fiarte á tí mismo. Crates (así lo dicen), siendo oyente deste mismo Stilpon, de quien hablé en la primera epístola, como viese un mancebo que á solas se paseaba, preguntóle: «¿Qué haces aquí solo?» Respondió: «Hablo conmigo.» Díjole Crates: «Ruégote que te guardes, y con diligencia atiendas no hables con algun hombre malo.» Acostumbramos guardar al que llora y al que teme, porque no use mal de la soledad; no se debe dejar á sí mismo alguno de los imprudentes. Entonces solicitan los malos consejos, entonces maquinan los futuros peligros, ú para otros ú para ellos mismos; entonces ordenan los malos apetitos, entonces vierte el ánimo cualquiera cosa que el miedo ó la vergüenza detenia; entonces afila el atrevimiento, irrita la concupiscencia, instiga la ira. Finalmente, aquella comodidad que la soledad tiene solamente (de á nadie fiar algo, no temer juez), perece en el necio; él mismo se delata. Mira pues lo que de tí espero, antes lo que á mí me prometo. La esperanza del bien incierto no es más de nombre. No hallo con quién más quiera que estés que contigo. Acuérdomé con cuán grande ánimo has pronunciado algunas palabras, cuán llenas de valentía. Luego me dí las gracias, y dije: Esto no procede de la extremidad de los labios; estas voces fundamento tienen; este hombre no es uno de los del pueblo, mira la salud. Habla así, así vive; mira no te abata

(a) Estoico, discípulo de Panecio, natural de Rodas.

(1) porque no nos acomodamos á lo presente, (El ms. He suplido lo demás.)

alguna cosa. Y aunque cumplas los votos antiguos á los dioses, empéñate en otros; pide buena mente, buena salud del alma, despues del cuerpo. ¿Por qué muchas veces no harás estos votos? Ruega á Dios osadamente, cuando no le pidieres algo de lo ajeno.

Empero por inuíar, como acostumbro, con alguna joyuela mi carta; es verdad lo que hallé en Atenodoro: «Sabe que entonces estás libre de todas las codicias, cuando llegares á tal perfeccion, que no pidas á Dios si no lo que en público puedas pedirle.» Ahora pues, ¿cuán grande es la ignorancia de los hombres! entre dientes piden á Dios cosas, que si otro hombre aplica el oído, callan; y lo que no quieren que sepa el hombre, dicen á Dios. Mira pues no pueda mandársete esto saludablemente: vive así con los hombres como si Dios te viese; habla con Dios como si te oyesen los hombres.

EPISTOLA XXXI.

Reconozco á mi Lucilio, empieza á mostrarse como se prometió.

Prosigue aqnel ímpetu del ánimo, con el cual pisando los bienes (2) populares, ibas á todos los mejores. No deseo que seas mayor ni mejor de lo que destinabas. Tus cimientos ocuparon mucho sitio; obra tanto como empezaste, y trata aquellas cosas que acogiste en tu ánimo. Finalmente serás sábio si cerrares los oídos; para lo cual no basta la cera, es necesario más bien amasado betun que el que nos cuentan que usó Ulises. Era blanda aquella voz que se temía, mas no pública; empero esta que has de temer, no resuena de un escollo, sino de todas las partes de la tierra. Deja atrás, no un lugar con las asechanzas de los deleites sospechoso, sino todas las ciudades: muéstrate sordo á los que más amas. Con buena intencion te desean mal; y si quieres ser dichoso, ruega á Dios que no te acontezca algo de lo que se desea. No son bienes los que estos te encaminan; solo un bien hay, que es causa y firmamento de la vida bienaventurada: fiarse á sí. Esto no puede alcanzarse sino es habiendo despreciado el trabajo, y teniéndole en el número de aquellas cosas que ni son buenas ni malas. No puede ser que una cosa sea ahora buena y ahora mala; ahora blanda, y que puede sufrirse, ahora horrible. El trabajo no es bien. ¿Qué pues es bueno? El desprecio del trabajo. Por lo cual en vano culparé á los fatigados; cuanto más afanaren y menos permitieren ser vencidos y que los permitan tomar aliento, los admiraré aclamándolos. Levántate otro tanto mejor y respira; y si puedes, sobrepaja esta cumbre de una vez. El trabajo alimenta los ánimos generosos. No hay cosa que debas escoger del voto antiguo de tus padres, ni querer que te suceda, ni que puedas desear; y á quien por las mayores cosas es varon perfecto, torpe cosa es aun ahora fatigar á los dioses. ¿Qué necesidad tienes de ruegos? Hazte tú mismo dichoso. Conseguiráslo si entendieres que son bienes aquellos con que la virtud está mezclada, y males los que acompaña la malicia. De la suerte que sin la luz nada es resplandeciente; nada obscuro, sino lo que anohecen las tinieblas ó participó algo de la

(2) temporales, ibas (El ms.)

sombra; y de la misma manera que sin intervencion del fuego nada es cálido, nada sin aire frio;—así hace lo honesto y lo torpe la compañía de la virtud y de la maldad.

¿Qué es pues el bien? La ciencia de las cosas. ¿Qué es el mal? La ignorancia dellas. El que es artífice prudente conocerá el tiempo en que ha de elegir las ó apartarlas; empero no teme lo que aparta ni admira lo que escoge, si ya tiene grande é invencible ánimo. No te permito el sujetarte y el abatirte. Poco es no rehusar el trabajo, pídele. Dirás pues: ¿Cuál es el trabajo frívolo y sin fruto? Aquel que las causas frívolas ocasiona. No es malo no más que aquel que se emplea en las cosas hermosas; porque del ánimo es la misma tolerancia, que se exhorta á lo duro y áspero y dice: ¿Por qué cesas? No es de varon fuerte temer el sudor. Lléguese á esto y á aquello, para que (1) la virtud sea perfecta, y la medida y compás de la vida igualmente se concuerden en todo; lo cual no puede ser si no concurren ciencia y arte, por las cuales se conozcan las cosas humanas y divinas. Este es el sumo bien, que si le ocupas empiezas á ser compañero de los dioses, no siervo.

Preguntas ¿cómo se llega á esto? No por el monte Penino ó Grayo, ni por los desiertos de Candavia, ni has de pasar las Sirtes, ni Scila ó Caribdis, todos los cuales peligros atravesaste llevado del precio de un ofizuelo. Camino es seguro y agradable al que la naturaleza te llamó. Díóte lo que si no lo desamparares, te levantarás igual á Dios. (2) Igual á Dios no te hará el dinero: Dios ninguno tiene. Ni el vestido magnífico: Dios está desnudo. No la fama ni tu propia ostentacion, ni deramada por los pueblos la noticia de tu nombre: ninguno conoció á Dios; muchos piensan mal dél, y sin castigo. No la multitud de los criados, que llevan tu litera por las calles de la ciudad y por los caminos: aquel Dios grande y poderosísimo, él mismo lo lleva todo. Ni la hermosura ni las fuerzas te pueden hacer bienaventurado; ninguna cosa destas deja de padecer vejez. Hase de buscar lo que cada dia no se haga peor, lo que no pueda ser ofendido. ¿Qué es esto? El ánimo; mas este, recto, bueno y grande. ¿Qué otra cosa dirás que es este sino Dios, que es guésped en cuerpo humano? Este puede habitar en un caballero romano, en un libertino, en un esclavo. ¿Qué es caballero romano, esclavo ó libertino? Nombres que nacieron de la ambicion ú de la injuria. ¿Puede subirse al cielo desde un rincon? Levántate ahora y fingete que tú tambien eres digno de Dios. Fingirlo has, no con oro, no con plata; no se puede con estos materiales hacer imágen semejante á Dios. Considera que cuando fué propicio era de barro.

EPISTOLA XXXII.

Contra tí inuíero, y pregunto á todos los que vienen desa region, qué haces, y dónde y con quién habitas. No puedes engañarme (3): estoy contigo. Así vive como el que hace lo que he de oír; más, como el que lo ve. Preguntarás de las cosas que de tí oigo, cuál me deleita más. Que no oigo nada; porque todos

(1) la vida sea perfecta, y su medida y compás igualmente

(El ms.)

(2) El dinero: Dios (Id.)

(3) Preguntarás de las cosas (El ms. Falta lo demás.)

aquellos á quien pregunto en qué te ocupas, me responden que no lo saben. Es saludable no conversar con los desemejantes y que codician diferentes cosas. Tengo confianza que no te podrán torcer, y que perseverarás en tu propósito aun cuando te cerque multitud solícita. ¿Qué pues? No temo que te muden, temo que te impidan. Mucho daña el que detiene; principalmente en vida tan breve; la cual hacemos con la inconstancia más corta, haciendo que cada dia tenga otro principio. Desmenúzamosla en particulas, y despedazámosla. Date pues, carísimo Lucilio, prisa; y considera si el enemigo viniera á tus espaldas, cuán veloz te adelantaras, si un caballo ligero sospecharas que venia en tu alcance borrando tus pisadas. Esto sucede, vante á los alcances; aguija á librarte. Ponte en salvo, y desde allí considera cuán hermosa cosa es acabar la vida antes de la muerte, despues aguardar seguro la demás parte que resta de tu tiempo, puesto en la posesion de la vida bienaventurada, la cual no crece la bienaventuranza haciéndose más larga. ¡Oh, cuándo verás aquel tiempo en que sabrás que el tiempo no te pertenece, con el cual tendrás tranquilidad y gozo, sin hacer caso del dia venidero, y estarás en suma hartura de tí mismo! ¿Quieres saber qué hace á los hombres ansiosos de lo futuro? Nadie está contento consigo. Otras cosas desearon tus padres para tí; empero yo, al revés, deseo para tí el desprecio de todo lo que ellos te desearon. Sus votos despojaban muchos para hacerte rico: cualquier cosa que á tí ha de añadirse, se quita á alguno. Yo te deseo poder en tí mismo, para que la alma combatida de vagas imaginaciones las resista y tenga certidumbre, y se agrade á sí; y entendidos los verdaderos bienes, pues juntamente se extienden y poseen, no necesite de añadir edad. Aquel finalmente está de la otra parte de las vicencias, y jubilado y libre, que vive acabada la vida.

EPISTOLA XLI.

Haces cosa buena y para tí saludable, si, como escribes, perseveras en ir á la buena mente; la cual es necesidad deseable, pudiendo alcanzarla de tí. No se han de levantar las manos al cielo, ni rogar al sacristan para que, introduciéndonos hasta las orejas de los simulacros, podamos ser oídos mejor. Dios está cerca de tí, contigo está, está dentro. Así lo juzgo, Lucilio: sagrado espíritu habita dentro de nosotros, observador y guarda de nuestros males y bienes; este así nos trata como le tratamos nosotros. No hay varon bueno sin Dios. ¿Por ventura puede alguno sobre la fortuna, si él no le favorece, levantarse? El da consejos magníficos y rectos. En cualquiera de los hombres buenos habita Dios; cuál Dios no se sabe. Cuando con ancianos árboles, cuya altura excediese con exceso la ordinaria, te ocurre un bosque frecuentado, y que con la densidad de ramas entretejidas esconde á tu vista el cielo,—aquella grandeza de la selva, lo arcano del lugar, y la admiracion de la sombra tan densa y tan continua en descubierta, alguna deidad testifica á tus ojos. Y si alguna sima con peñascos ya casi roidos de la edad suspende en su concavidad un monte, moverá tu ánimo con sospecha de religion. Veneramos las cabezas de las grandes riberas; el súbito nacimiento de grande rio, por parte ignora-